

.....Capítulo 1.....

*Costa sur de Inglaterra
Mayo de 1816*

*D*e tanto en tanto en el cielo asomaban brevemente unos trocitos de luna por entre las nubes llevadas por el viento, pero ese hilillo de luz no causaba ningún daño, pues prácticamente no iluminaba a los hombres que bajaban sigilosos por la abrupta pendiente del acantilado en dirección a la playa ni al jefe de los contrabandistas que controlaba la operación desde arriba.

Y no iluminaba en absoluto la imponente casa señorial que dominaba los acantilados de esa parte de Devon, Crag Wyvern,* sede del conde de Wyvern, afortunadamente ausente.

Tan ausente como el policía montado encargado de prevenir el contrabando en esa zona. Ciertos sonidos de animales, el ululato de un búho, el chillido de una gaviota, el aullido de un zorro, provenientes de diferentes partes del accidentado terreno costero, informaban constantemente de que no había señales de peligro.

En el mar, una breve señal luminosa anunció la llegada del barco contrabandista. En lo alto del acantilado, al pie de un rocoso pro-

* Crag Wyvern: Risco Wyvern. (*N. de la T.*)

monitorio no muy elevado, el jefe de los contrabandistas, el llamado capitán Drake, abrió un lado de su linterna haciendo la señal luminosa que significaba «todo despejado».

Todo despejado para desembarcar coñac, gin, té y encajes. Exquisiteces para los ingleses que no estaban dispuestos a pagar las exorbitantes tasas de importación; beneficio para los contrabandistas, pues el té que estaba a seis peniques la libra fuera del país, se vendía en Inglaterra a veinte veces ese precio si se pagaban todos los aranceles aduaneros.

Abajo, en el pueblo de pescadores cercano, Dragon's Cove,* los hombres echaron sus barcas al mar y emprendieron la rápida carrera a descargar el barco.

El «capitán Drake» cogió su catalejo para observar el Canal por si se veían otras luces, que indicarían la presencia de otros veleros. Ya terminada la guerra contra Napoleón, los barcos de la armada patrullaban la costa, mejor equipados y tripulados que lo que habían estado nunca los barcos de los oficiales de Aduanas. No hacía mucho, un cúter de la armada había interceptado la última e importante operación, incautándose de toda la carga y tomando prisioneros a veinte hombres de la localidad, entre ellos, al anterior capitán Drake.

En ese momento llegó sigilosa una persona por detrás de aquél y se sentó a su lado. Estaba toda vestida de negro, igual que él, con la cabeza y la parte superior de la cara cubiertas por una capucha, y el resto de la cara teñida con hollín para disimular el color blanco de la piel.

El capitán Drake miró hacia ese lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en voz baja.

—Estás falto de personal —fue la respuesta, también en un susurro.

—Tenemos bastantes hombres. Vuelve a Crag Wyvern y ocúpate de los almacenes del sótano.

—No.

* Dragon's Cove: Cala del Dragón. (*N. de la T.*)

—Susan...

—No, David. Maisie es muy capaz de organizarlo todo desde el interior de la casa, y Diddy está encargada de la vigilancia. Yo necesito estar aquí.

Susan Kerslake hablaba muy en serio. Esa operación tenía que ser un éxito, si no, sólo el cielo sabía qué sería de todos ellos, por lo tanto necesitaba estar ahí con su hermano menor, aunque eso fuera lo único que pudiera hacer.

Durante muchísimos años, generación tras generación, esa zona había prosperado gracias principalmente al contrabando, dirigido por una serie de fuertes y capaces capitanes Drake, todos de la familia Clyst. Pero habiendo sido capturado el anterior capitán Drake, Mel Clyst, y luego juzgado y deportado a Botany Bay, en Australia, la situación amenazaba con convertirse en un caos; otros grupos más rudos estaban intentando intervenir en ese comercio.

La única persona que estaba en posición indiscutible para ser el nuevo capitán Drake era su hermano. Aunque los dos llevaban el apellido de su madre, Kerslake, eran hijos de Mel Clyst, y todos lo sabían. A David le correspondía tomar el mando del grupo llamado la Horda del Dragón para que reportara beneficios, si no, esa zona se convertiría en un campo de batalla.

David había tenido que asumir ese papel, y ella lo había alentado a hacerlo, pero temblaba de miedo por él. Al fin y al cabo era su hermano pequeño, y aunque ya era un hombre de veinticuatro años, no podía dejar de sentir el impulso de protegerlo.

El barco de velas negras sobre el mar negro era apenas visible, pero volvió a relampaguear una luz, tan rápida como una estrella fugaz, para anunciar que habían echado el ancla. No había señales que indicaran que hubiera otros veleros por allí, pero la misma oscuridad que protegía a los contrabandistas también protegería a un barco de la armada.

Susan sabía que el capitán De Root del *Anna Kasterlee* era un contrabandista experimentado. Llevaba más de diez años trabajando con

la Horda y hasta el momento jamás había cometido un error. Pero el contrabando es un asunto arriesgado, dudoso. La captura de Mel Clyst así lo demostraba, y ella tenía todos los sentidos alertas.

Por fin su esfuerzo se vio recompensado y vio aparecer las barcas acercándose a la playa, cargadas con fardos y botas de licor. Distinguió el movimiento en la pendiente del acantilado, un movimiento ondulante, parecido al de las olas; eran los hombres del pueblo bajando a toda prisa a descargar las pequeñas barcas.

Subirían las mercancías acarreándolas en bateas y caballos percheros por el acantilado hasta los escondites de las rocas. Los hombres llevarían una parte a la espalda hasta lugares seguros, desde donde se haría llegar a los intermediarios, que enviarían el cargamento a Bath, Londres y otras ciudades. Para ellos eso equivalía al salario de una semana por el trabajo de una noche, y un poco de tabaco y té para llevar a casa. Muchos habrían logrado reunir una o dos monedas para invertir en los beneficios.

Para invertir en el capitán Drake.

Como siempre, parte de la mercancía se escondería en los cuartos de almacenaje del sótano de Crag Wyvern. Ningún policía u oficial encargado de prevenir el contrabando intentaría nunca registrar la casa del conde de Wyvern, aun cuando el conde loco hubiera muerto y su sucesor todavía no llegara a tomar posesión.

Su sucesor.

Ella era el ama de llaves temporal en Crag Wyvern, pero tan pronto como el nuevo conde anunciara su llegada se marcharía de ahí. Se alejaría totalmente; no tenía la menor intención de volver a encontrarse con Con Somerford.

El hombre más bueno y encantador que había conocido en su vida, el amigo más fiel.

La persona a la que ella había herido de la manera más cruel.

Once años atrás.

Sólo tenía quince años entonces, pero eso no era ninguna disculpa. Él también tenía quince años, y ninguna defensa. Pero durante

diez de esos once años había estado en el ejército, por lo que se podía suponer que sabía desenvolverse.

Y conocería formas de atacar.

Estremeciéndose con el fresco aire nocturno, volvió la atención y la ansiedad hacia la escena que se desarrollaba delante de ella. Si esa operación tenía éxito, podría marcharse.

Venga, venga, susurró para sus adentros, esforzando la vista para ver desembarcar las primeras mercancías en la playa. Se imaginaba el potente empuje de los remeros para llegar rápido con el contrabando, y casi oía los nerviosos susurros de los hombres que esperaban, aunque tal vez sólo era el murmullo de la brisa y el mar.

Muchas veces había observado esas operaciones con su hermano. Desde esa altura todo parecía lento. Deseó bajar corriendo a ayudar, como si toda esa operación fuera una enorme carreta que ella podría empujar para hacerla avanzar más rápido. Pero continuó inmóvil y en silencio al lado de su hermano, vigilante como él por si había alguna señal de problemas.

Estar al mando es un asunto solitario.

¿Sería capaz de marcharse y abandonar a David a esa solitaria tarea? Él no la necesitaba; en realidad, era desconcertante con qué rapidez él se había adaptado al contrabando y a ser el jefe. Pero ¿podría ella soportar marcharse, no estar a su lado en una noche oscura, no saber inmediatamente si algo iba mal?

Y sin embargo, una vez que Con anunciara que venía, debía marcharse.

A pesar de esos maravillosos días de verano de hacía once años, y de esos dulces placeres. Y de los prohibidos...

Comprendiendo que estaba volviendo a caer bajo el seductor atractivo de los «podría haber sido», trató de desechar esos recuerdos y concentrarse en la operación del momento.

Por fin estaban descargando la primera barca y empezaban a acarrear la mercancía por la escabrosa pendiente. Todo iba bien. David lo había conseguido.

Soltando el aliento en un resoplido, se relajó sobre el rocoso suelo, rodeándose las rodillas con los brazos, y se permitió disfrutar de la del sonido música de las olas lamiendo la guijarrosa playa, y la otra ruidosa música de cientos de hombres trabajando. Inspiró el aire fresco que venía del Canal y la nerviosa actividad que la rodeaba.

Embriagador asunto el contrabando, pero peligroso.

—¿Sabes dónde está el policía de prevención? —preguntó en voz muy baja, que no fuera a llevar el viento.

David dio una silenciosa orden a uno de los hombres que tenía más cerca y Susan supo que había un problema en el acantilado. Tal vez un hombre que se había caído.

—¿Gifford? —dijo entonces David—. Hay un barco con mercancía de señuelo a unas cinco millas al oeste y, con suerte, él y sus barqueros lo estarán vigilando, listos para incautarse de las mercancías que arrojen al agua.

Suerte. Ella detestaba depender de la suerte.

—Pobre hombre —dijo.

David giró la cabeza hacia ella.

—Logrará confiscar un pequeño cargamento tal como hacía Perch cuando estaba Mel al mando. Con eso quedará bien ante sus superiores y al mismo tiempo tendrá su tajada.

El teniente Perch había sido el policía montado del lugar durante muchos años y tenía una agradable relación de trabajo con la Horda del Dragón. No hacía mucho había muerto al caer por un acantilado, tal vez empujado por alguien, y ahora tenían que vérselas con el joven y perspicaz teniente Gifford.

—Esperemos que eso lo satisfaga —dijo.

David emitió una especie de gruñido.

—Si Gifford fuera un hombre más flexible podríamos llegar a un acuerdo permanente.

—Es honrado.

—Un maldito fastidio. ¿No podrías emplear con él tus ardiditos femeninos? Creo que le gustas.

—No sabría cómo hacerlo. Soy simplemente un ama de llaves.

—Si te lo propusieses no te faltarían ardidesa. —Le cogió la mano y ella sintió la de él sólida y caliente en la fría noche—. ¿No es hora de que dejes de trabajar, cariño? Después de esto habrá dinero en abundancia, y podemos encontrar a alguien que simpatice con este comercio para que sea el ama de llaves.

Susan sabía que a él le molestaba que ella fuera una empleada doméstica.

—Es posible. Pero deseo encontrar ese oro.

—Eso sería estupendo, pero después de esto, no lo necesitamos.

Siempre tan despreocupado, tan confiado, pensó ella. Le gustaría ser como él, encontrar satisfacción y bienestar en lo que fuera que ocurriera. Deseaba no ser el tipo de persona que vive mirando hacia delante, haciendo planes, preocupándose, intentando forzar al destino.

Ah, sí que deseaba eso, lo deseaba angustiosamente.

Pero era como era, y al parecer David no aceptaba que ella tuviera esa necesidad, tan extraña e impropia de una dama, de tener un trabajo. Esa necesidad de independencia.

Además, estaba el oro. Cuando estaba al mando de Mel, la Horda le pagaba al difunto conde de Wyvern para que los protegiera. Y puesto que éste no les dio esa protección, tenían intención de recuperar ese dinero. Ella lo deseaba especialmente, aunque principalmente para mantener a salvo a David. Ese dinero pagaría las deudas ocasionadas por la operación fracasada y sería una especie de amortiguador, para que él no tuviera que correr tantos riesgos.

Cañuda contempló el oscuro mar. Las cosas no serían tan difíciles si su madre no se hubiera embarcado para seguir a Mel hasta Australia, llevándose todo el dinero en efectivo que la Horda tenía en reserva. Su madre, Isabelle Kerslake, o lady Belle, como le gustaba que la llamaran; amante de un contrabandista, sin un asomo de vergüenza de que alguien pudiera dar testimonio, y sin un asomo de sentimiento por sus dos hijos.

Sacudió la cabeza para desechar esa pena sin sentido y volvió sus pensamientos a ese dinero en monedas de oro. Se giró a mirar hacia la maciza casa, Crag Wyvern, como si eso le fuera a encender la chispa de una nueva idea acerca de dónde pudo haber escondido su botín el conde loco. Aunque el problema de los locos es que lo que hacen no tiene ningún sentido.

Por reflejo automático miró hacia las saeteras de arriba, por si veía alguna luz. Crag Wyvern tenía dos utilidades; por un lado servía como puesto para enviar mensajes que eran visibles a millas de distancia, y por otro servía a modo de atalaya para observar millas y millas de costa por si se veían otras señales luminosas de aviso. Pero aparte de eso, no tenía ningún rasgo redentor.

La casa sólo tenía doscientos años de antigüedad, pero la habían construido de modo que pareciera una fortaleza medieval, por lo que las ventanas de la parte exterior eran pequeñas, estrechísimas, como saeteras. Afortunadamente, en el interior había un patio ajardinado y las habitaciones tenían ventanas normales con vista a los jardines, pero por fuera la casa se veía lúgubre.

Cuando volvió a mirar hacia el mar, la rajita de luna en cuarto creciente asomó nuevamente entre las nubes y su luz plateada se mecía sobre las olas iluminando las barcas en el agua. Pasado ese breve instante las nubes volvieron a taparla como una cortina, y sopló el viento trayendo una ligera llovizna. Susan bajó la cabeza hasta las rodillas, para protegerse, pero en realidad sabía que la lluvia era una bendición, porque oscurecía aún más la vista. No se veía nada sobre el mar, y la playa parecía desierta.

Si Gifford había descubierto el engaño con el barco cargado con mercancía de señuelo y andaba buscando el verdadero contrabando, necesitaría la suerte del mismo demonio para encontrarlos esa noche. Y era de esperar que todo continuara así. Él era un joven bastante agradable y ella no deseaba que muriera destrozado al caer por un acantilado.

Ay, Señor, pero no deseaba formar parte de eso.

Llevaba el contrabando en la sangre y solía encantarle observar esas tranquilas operaciones que se llevaban a cabo con ardiente entusiasmo en las noches más oscuras. Pero ya no era una aventura distante.

Ahora era una necesidad, y un peligro para la persona que más quería en el mundo.

¿Qué había sido ese ruido detrás?

Ella y David se giraron al mismo tiempo a mirar hacia Crag Wyvern. Vio que él también retenía el aliento, para oír mejor algún sonido de aviso.

Nada.

Comenzaba a relajarse cuando en una de las estrechas ventanas de arriba brilló la luz de una vela.

—Problema —susurró él.

Ella le puso la mano sobre el brazo repentinamente tenso.

—La señal de esa vela sólo dice que hay una persona desconocida. No es Gifford ni los militares. Yo me ocuparé de eso. Un chillido si hay peligro. Dos si no lo hay.

Ése era el aviso del contrabandista: el chillido de un animal atrapado en las fauces de un zorro o en las garras de un búho; y si el chillido terminaba pronto, seguía señalando peligro.

Dándole un apretón en el brazo para tranquilizarlo, se deslizó hacia un lado, con sumo cuidado y muy lentamente, de modo que cuando se enderezara no estuviera al lado del capitán Drake. Cuando ya se había alejado bastante, comenzó a trepar por la escabrosa pendiente del promontorio, afirmando las blandas botas en el traicionero suelo, con el corazón retumbante.

Tal vez se parecía más a su hermano de lo que quería reconocer. Le encantaba ser hábil y fuerte. Disfrutaba de la aventura. Le encantaba tener una pistola en el cinturón y saber usarla.

Y también le gustaba no tener ningún sueño de convertirse en una dama fina.

O al menos ya no.

Una vez se encontró atrapada por el loco y destructivo deseo de casarse con el futuro conde de Crag Wyvern, Con Somerford, y acabó desnuda con él en una playa.

Sacudió la cabeza para desechar ese recuerdo. Le dolía terriblemente pensar en ello, y no quería sentir ese dolor, y mucho menos en ese momento, en que necesitaba tener la cabeza despejada.

Con el corazón acelerado y la sangre corriendo ardiente por las venas, continuó subiendo por el promontorio, peligroso en la oscuridad, agachada, apoyando las manos en el suelo para mantener la posición, con los oídos aguzados y buscando con los ojos al desconocido.

Fuera quien fuera ese desconocido, era de suponer que había entrado en la casa. Maisie podría haberles hecho alguna señal, pero tanto ella como David habían oído un ruido allí arriba, cuando estaban en el borde del acantilado.

Aminoró el paso para estar más alerta y descubrir al intruso, y entonces lo vio. Vio la silueta de alguien envuelto en una capa, una figura más oscura que destacada en el cielo nocturno. Estaba inmóvil como una estatua. Casi podría imaginarse que alguien la había colocado ahí, en el promontorio situado entre la casa y el acantilado.

Una estatua con un claro aire militar. ¿Sería el teniente Gifford después de todo?

Se estremeció, sintiendo de repente la fría y húmeda brisa nocturna en el cuello. Gifford vendría acompañado por soldados, y éstos ya estarían dispersándose por el borde del acantilado. Los hombres que iban subiendo las mercancías serían recibidos con una ronda de disparos; pero los contrabandistas también tenían hombres armados. Sería una batalla sangrienta, y si David sobrevivía, los militares caerían sobre la zona como una plaga buscando a alguien a quien colgar.

Buscando al capitán Drake.

Con el corazón acelerado por el pánico, se quedó quieta donde estaba, respirando lo más lento posible, y se obligó a dominarse. El miedo no era útil para nadie.

Si era Gifford el que estaba ahí con sus soldados, ¿no habría actuado ya? Aguzó al máximo los sentidos tratando de detectar soldados escondidos entre las matas de aulaga, con los mosquetes apuntando hacia la playa.

Estuvo así un largo rato sin descubrir nada.

Los soldados no eran tan buenos como para permanecer tanto tiempo quietos en la oscuridad.

¿Quién era entonces y qué se proponía?

Con el corazón todavía acelerado, pero ya no de terror, avanzó, tratando de no mostrar su silueta recortada contra el mar y el cielo que tenía detrás. Pero el llegar a lo alto del promontorio el terreno era llano y le era difícil continuar agachada, y entorpecía su avance pues la tierra cedía bajo sus pies.

Más que verlo, presintió que el hombre se giraba hacia ella.

Era el momento de mostrarse y rezar.

Se quitó la capucha y la usó para limpiarse el hollín de la cara, para que pareciera simple suciedad. Después se la metió en el bolsillo y se incorporó. Era bastante excéntrico eso de andar vagando por la noche vestida con ropas de hombre, pero una mujer podía ser excéntrica si lo deseaba, sobre todo una solterona ya a punto de cumplir los veintiséis años y de turbios antecedentes.

Sacó la pistola del cinturón y se la puso en el enorme bolsillo de su anticuada levita, y sin soltarla continuó caminando hacia la figura inmóvil y silenciosa, apuntándola y lista para disparar.

Jamás le había disparado a nadie, pero esperaba saber hacerlo si era necesario para salvar a David.

—¿Quién es usted? —preguntó con la voz en volumen normal—. ¿Qué asunto le trae por aquí?

Estaba a unos tres pasos de él, y en la negra oscuridad no lograba distinguir ningún detalle, aparte de que era algo menos de un palmo más alto que ella, lo cual significaba que medía unos seis pies.*

* 6 pies: 1,83 m. (*N. de la T.*)

No llevaba sombrero y debía llevar el pelo muy corto, porque con la fuerte brisa no se le movía.

Tuvo que cogerse un mechón de cabello con la mano libre para que no le bailara ante los ojos.

Lo miró fijamente, extrañada de que él no contestara, y pensando qué debía hacer. Y entonces él dijo:

—Soy el conde de Wyvern, y todo lo de aquí es asunto mío. —Pasado un momento de silencio, añadió—: Hola, Susan.

A Susan se le paró el corazón, y luego empezó a latirle con tal violencia que vio pasar estrellas por delante de los ojos.

Ay, Dios, Con. Aquí, en este momento.

En medio de una operación de contrabando.

Once años atrás él encontraba fascinante el contrabando, pero las personas cambian. La mayor parte de esos años había sido soldado, parte del poderoso puño de la ley del rey.

El mareo producido por la conmoción bajó por ella en espiral hasta desvanecerse, y entonces pudo volver a respirar.

—¿Cómo supiste que era yo?

—¿Qué otra dama andaría por lo alto del acantilado a la hora de una operación de contrabando?

A Susan se le ocurrió negarlo, pero comprendió que eso no tenía ningún sentido.

—¿Qué vas a hacer? —Se obligó a sacar la pistola, aunque no la amartilló. Dios sabía que no sería capaz de dispararle. A Con no—. Sería violento dispararte —dijo, con la voz más firme que logró sacar.

De repente, sin que ella alcanzara a notar su movimiento, él se abalanzó sobre ella. Cayó al suelo con un golpe fuerte, y quedó sin aliento, con todo el peso de él encima, sin la pistola, y con su mano sobre la boca.

—Nada de chillar.

Él recordaba. ¿Lo recordaba todo? ¿Recordaría haber estado encima de ella así, disfrutando del placer? ¿Su cuerpo recordaría...?

Era tan encantador, tan acomodadizo, tan simpático, pero en ese momento era peligroso, tenebroso, no había en él ni un asomo de preocupación por la dama a la que estaba aplastando contra el duro suelo de tierra pedregosa.

—Contéstame —dijo él.

Ella asintió y él le quitó la mano de la boca, pero continuó sobre ella, aplastándola.

—Tengo una piedra enterrada en la espalda.

Él no reaccionó inmediatamente, pero luego se incorporó, y cogiéndole la muñeca la puso de pie de un tirón antes de que ella tuviera tiempo para protestar. Tenía la mano más dura de lo que ella recordaba, y muchísimo más fuerte. ¿Cómo era posible que después de once años tuviera tan presentes aquellas dos semanas de verano?

¿Cómo podría no recordar? Él había sido su primer amante, y ella la primera de él; fue Susan quien negó toda pizca de sentimiento por él cuando lo envió lejos.

Qué ironías tiene la vida, pensó. Rechazó a Con Somerford porque no era el hombre que ella creía que era, el heredero del condado. Y ahí estaba él, conde, como un castigo, tal vez dispuesto a destruirlo todo debido a lo que ella le hizo once años atrás.

¿Qué podía hacer para impedirselo?

Recordó el comentario de David sobre los ardidés femeninos y tuvo que reprimir un ataque de risa. Ésa era un arma que no daría resultado jamás con el nuevo conde de Wyvern.

—Supe que cogieron y deportaron al capitán Drake —dijo él, como si no hubiera nada de importancia entre ellos—. ¿Quién es el jefe de los contrabandistas ahora?

—El capitán Drake.

—¿Se escapó Mel Clyst?

—Aquí el jefe de los contrabandistas siempre se llama capitán Drake.

—Ah, eso no lo sabía.

—¿Cómo podrías saberlo? —dijo ella con intencionada dureza,

en reacción directa a la debilidad que amenazaba con hacerla caer sobre la negra tierra—. Sólo estuviste dos semanas aquí. —Con la mayor frialdad posible, añadió—: Eres un forastero.

—Estuve dentro de ti, Susan.

Esa intencionada grosería la dejó sin aliento, muda.

—¿Dónde están los agentes de prevención? —continuó él.

Ella tragó saliva y logró contestar:

—En otro lugar de la costa, engañados por un señuelo.

Él se giró y miró hacia el mar. La luna apareció un momento entre las nubes iluminando un perfil nítido, fuerte, mientras en el mar, el ejército de pequeñas barcas iba avanzando hacia el barco en busca de otra carga.

—Parece que la operación va bien, entonces. Ven conmigo a la casa.

Dicho eso, se giró hacia la casa, como si sus palabras fueran la ley.

—Prefiero no ir.

Dominando su debilidad estaba el miedo, tan punzante como el hielo de invierno. Un miedo irracional, era de esperar, pero angustioso.

Él se giró a mirarla.

—Ven conmigo a la casa, Susan.

Su tono no era amenazador. Ella no tenía idea en qué podía ser él amenazador, pero se le escapó un sonido muy parecido a un suspiro y echó a caminar tras él por el pedregoso terreno.

Con Somerford estaba de vuelta, después de once años, como amo y señor de todo lo que los rodeaba.